

«EL ANIMAL ME MIRA»



© Sara Herrera Fontán | Sin título | Técnica mixta sobre papel | 100x50 cm | 2019



© Sara Herrera Fontán | Sin título / Boceto digital / 2023.

Editorial



Según el Génesis, el día quinto de los orígenes del mundo, después de que Dios creó cielos, tierra, agua y vegetación, dijo: “Bullan las aguas de animales vivientes, y aves revoloteen sobre la tierra contra el firmamento celeste”. Cuenta el relato bíblico que el creador llamó a la existencia, solo con sus palabras, a todos los animales vivientes: rastreadores, nadadores, voladores y pedestres. Enseguida, viendo que su obra estaba bien, bendijo a sus criaturas diciendo: “Sed fecundos y multiplicaos, y henchid las aguas en los mares, y las aves crezcan en la tierra”. Al día siguiente, creó al ser humano a su imagen y semejanza, para que mandara sobre los animales de aire, tierra, agua y lodazales. Desde entonces, la criatura humana, insuflada más de vanidad que de divinidad, se ha enseñoreado con las bestias que lo antecedieron.

Ese señorío comenzó con la cacería, la domesticación, la cría, el troceo para el aprovechamiento de sus cuerpos. ¡Así se beneficia a los animales!: aprovechándoles al máximo sin dejar resto. Luego, también fueron maravilla, espectáculo y, además, circo. El magnífico león salta por el aro, el inquieto monito fue vestido de seda, la pantera, que ya no trepa al árbol, camina de un lado a otro en un cubo de barrotes: la espléndida ferocidad domada a fuerza de látigo. El diligente amo de las bestias, ahora dotado de los artilugios de la ciencia, los clasifica, de nuevo los trocea; fija en una vitrina a la inquieta mariposa, acumula millares de cadáveres en los ordenados cajones del conocimiento. Así, del insecto solo nos quedan sus alas irisadas, sus ocelos, ojos que no ven y, sin embargo, miran la obstinación de la labor humana. El estudioso espía qué comen, cómo viven, cuándo y cómo copulan, cómo pelean, qué aventuras corren sus crías. El científico observa; cree no intervenir en esa existencia que se cumple redonda. Pese a ello, una pregunta sostiene su ojo clasificador, su ojo de escalpelo, y quizás su pregunta sobreponerse los copiosos informes de la vida de los animales-objeto de la ciencia.

¿Cuál es entonces el impulso no sabido que alienta tal observación? Intentemos una aproximación yendo a la producción de un hombre que no es de ciencia, pero que tiene el rigor del científico para describir y que, además, no se excluye de la ecuación, cuyo trazo comienza con su misma presencia inquisidora. El narrador de “Axolotl”, de Julio Cortázar, cuenta que hubo un tiempo en que pensaba mucho en estos animales,



los axolotl o ajolotes; los observaba cotidianamente en el acuario del *Jardin des Plantes*. Se quedaba horas, aplastada su nariz contra el vidrio, tratando de adivinar el misterio de estos seres. El mirón impenitente y cotidiano cuenta: “Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a *mirarlos* [...], comprendí que algo *infinitamente perdido y distante* seguía sin embargo uniéndonos”. Luego, despliega la más amorosa y detallada descripción de estos cuerpecitos rosados, translúcidos, semejantes al lagarto, con cola de pez, una aleta transparente, unas arbóreas y ostensibles branquias rojas. Según el narrador, su mayor impresión fue ver las finísimas patas que terminaban en unos dedos con uñas “minuciosamente humanas”. Por la descripción que hace, sin embargo, es otra parte del cuerpo del batracio la que lo solicita con urgencia: sus ojos dorados, sin pupila ni párpado; puntas de alfiler refulgentes. Una fijeza áurea sin marco ni descanso. Así lo confiesa líneas adelante: “Sus ojos sobre todo me obsesionaban [...], me decían de la presencia de *una vida diferente*. [...] *Eso miraba y sabía. Eso reclamaba*”. Los ojos diminutos, inexpresivos y lúcidos de las bestias acuáticas parecían transmitirle un único mensaje: “Sálvanos, sálvanos”. Tal pedido silente es, no obstante, el que profiere el hombre cuyo ser queda designado con el nombre del mismísimo batracio: “Yo era un axolotl”. Él se empecina en captar “lo impenetrable de sus vidas”. Así pues, trata de asir lo Real de la Vida, su misterio insondable: la vida que se reproduce, que se multiplica, que insiste, que renueva su incógnita con cada prolongación, con cada excrecencia, con cada nacimiento. He aquí uno de los rostros de la alteridad con que ha de toparse el ser humano: la alteridad animal... que lo mira.

El hombre que es, como dice Quignard, “el-sacrificado-del-lenguaje” no cesa de ser interrogado por esos seres que no entregaron “una libra de carne” para ser animales. Ellos son, para el ser hablante, mirada arrojada desde lo Real de la Vida a una vida mortificada por el lenguaje. Para tratar de sujetar esa mirada indócil, el domador se empecinará en hacer entrar a los animales en la casa del hombre, convirtiéndolos en mascotas, mimándolos bajo la forma de osos, perros, gatos, lagartos, serpientes... de peluche. Desde la noche de los tiempos hemos tenido que ver con los animales; desde el albor de nuestras vidas, aunque solo fuera bajo la forma de figuritas inertes, nos han acompañado, tanto más cuando tuvimos que atravesar experiencias de pérdida inaugurales.

A veces los animales también retornan como emisarios del goce que sacrificamos para entrar en el lenguaje; entonces sus imágenes irrumpen sintomáticamente. En ello abunda el bestiario de la clínica psicoanalítica freudiana. Evoquemos solo unos cuantos: las serpientes-brazos de Bertha Pappenheim, los lobos que miran a Sergei Pankejeff, las ratas del goce atormentado de Ernst Lanzer, los pájaros cantores de Schreber, los caballos de la fobia de Juanito. En mascota, en peluche, o en síntoma —pese al carácter indócil de este último—, se trata de animales domesticados, pues ingresaron en la casa

del hombre, en su único *domus*: el lenguaje. En lo que se refiere a las elaboraciones de Lacan, también encontramos una variada fauna pasteando en los síntomas, como en aquel caso de la niñita atemorizada con la idea de que un perro la muerda en la entrepierna. Antes de ello, sus primeras indicaciones sobre los animales situaron la función de lo imaginario en la maduración del organismo; carentes como se hallan del registro simbólico, la pregnancia de la imagen desempeña en ellos una función esencial.

Habrá otros que por su domesticación terminan siendo animales *en mal d'homme*, enfermos de hombre, enfermos de lenguaje. Sometidos a regulaciones alimenticias y excretorias, engarzados en el campo de la demanda, terminarán por recorrer un trecho de inconsciente, con lo cual queda abierta la posibilidad para que “la pulida uña del síntoma” (Álvaro Mutis) también termine por signarlos. Gatos, perros, cerditos vietnamitas, hámsteres... son ahora los nuevos miembros de la familia humana: ingresan a título de la pareja que no se puede ligar o de los hijos que no se quiere tener. Son los *partenaires* de novísimas alianzas, objetos de goces múltiples, al tiempo que pueden convertirse en legatarios de jugosas fortunas o generar grandes ganancias a sus amos, cuando sus *monerías* se exhiben en el moderno circo de la red, regido por la precisa aritmética de las *visualizaciones*.

Sin embargo, este asunto admite más de una vuelta, pues quizá estas manifestaciones no solo amplían la panoplia de las perversiones humanas, sino que vienen a señalar que los animales se han convertido, de manera generalizada, en destinatarios del amor, en un tiempo en que el discurso capitalista rechaza “todos los campos de lo simbólico [...]”, la castración [...]” y así, desde luego, “las cosas del amor”.

En otras ocasiones, Lacan se sirve de la referencia a los animales para metaforizar condiciones o estados anímicos: así, la estructura del aparato otolítico del olvidable *palæmon* le servirá de modelo didáctico para transmitir lo que es la incorporación de la voz; del mismo modo la angustia despertada por el enigmático deseo del Otro podrá ser representada con un inerme ignaro ante la mantis religiosa. Tenemos que detener aquí las evocaciones que pasan por el perro de Pavlov, la perra Justine, la inteligencia del pulpo, la lora enamorada, el goce de la ostra, también el de la ameba, el ronroneo del gato, el bullicio de las aves durante el ocaso, “el alarido del perro ante la luna”... Más allá de este grupo dispar en el amplio jardín de las especies, es preciso decir que Lacan con sus ejercicios topológicos escribió la cuestión de la Vida en el aro de lo Real.

Así pues, Otra Cosa, Realmente Otra Cosa, es la Vida que se cumple sin palabras, en su presente, en su pálpito, en su persistencia, en su misterio insondable: esa Vida animal nos mira. Tanto más urgentemente lo hace cuanto que por obra (sin gracia) de la ávida empresa humana y su producto más evidente, el estercolero global, estamos siniestrando la vida en la Tierra. Avanza ya ante nuestros ojos, adormilados por la jugosa industria del espectáculo, la sexta extinción masiva de animales. La destrucción de la





alteridad animal acarreará consecuencias para este ser que comete la locura de creerse humano por la sola existencia de los irracionales! ¿Cuáles?

“¿Qué sería de los hombres sin los animales?” —se pregunta el jefe Seattle en la carta que supuestamente le dirige al presidente de los Estados Unidos Franklin Peirce, en 1855—. “Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual; porque lo que les sucede a los animales también le sucederá al hombre”. Sin ellos, entonces, resta la soledad espiritual, puesto que se trata del desalojo de una de las formas de la alteridad. La destrucción de la alteridad animal retorna, pues, como un boomerang bajo la forma de una inminencia sobre la especie humana.

Del otro lado del océano, en un tiempo posterior, y provisto de unas luces que no enceguecen, Agamben dice que “preguntarse de qué modo —en el hombre— el hombre ha sido separado del no-hombre y el animal del humano es más urgente que tomar posición sobre las grandes cuestiones, sobre los llamados valores y derechos humanos”. Enseguida, aventura que quizás la esfera más luminosa de nuestras relaciones con lo divino [otro rostro de la alteridad] podría depender de esa otra “esfera más oscura que nos separa del animal”. Por ello, quizás, sea necesario revisar el cacareado listado de las excepcionalidades humanas, repetido a cuenta de la dupla omnipotencia-narcisismo, para de nuevo cernir los bordes de ese campo que nos aproxima al tiempo que nos separa de los animales.

Las líneas precedentes abrieron un amplio campo de indagación, que fue desplegado, con inflexiones de sumo interés, por nuestros colaboradores: los interrogantes dirigidos a las muy gruesas distinciones entre el humano y el animal; el lugar de los animales en los ritos fundacionales y de paso; el recurso al modelo animal en cierta psicopatología; la función de la representación del animal en las formaciones colectivas, y también en las construcciones delirantes; la expansión del paradigma de las megagrancias y la crueldad en el tratamiento de los animales; la brutalización del enemigo en los conflictos armados. Y más...

Con frecuencia, el lector encontrará que los autores se sirvieron de un fructífero contrapunto con algunas elaboraciones del campo de la filosofía, así como se dejaron orientar por las producciones artísticas y literarias, para con ello cernir las preguntas que fueron el motivo de este número de la revista. Esperamos que el saber aquí decantado, con sutileza, por cada uno de los autores, nos permita también volver a decir con la escritora Jenny Diski: *Lo que no sé de los animales*.

B E L É N D E L R O C Ó M O R E N O C A R D O Z O
E D I T O R A